



Cuadro de George Washington, considerado también como uno de los padres fundadores.

# Los padres del invento

**PAINE, FRANKLIN, JEFFERSON Y OTROS SOÑARON CON UN ESTADOS UNIDOS MUY DISTINTO DEL ACTUAL: MENOS BEATO, AUTORITARIO Y BELICISTA, MÁS LIBERAL, TOLERANTE Y UNIVERSALISTA.**

Javier Valenzuela

**Eliminado Bernie Sanders** de la carrera de 2020 hacia la Casa Blanca, poco ha quedado en ella del espíritu rebelde fundacional de Estados Unidos. Al lado del xenófobo, autoritario y guerracivilista Donald Trump, que incluso sería capaz de no aceptar una derrota electoral el próximo 3 de noviembre, Joe Biden queda como lo más próximo a aquel espíritu, pero en versión muy domesticada y templadita, poco propicia a los cambios radicales que exigen los tiempos, defensora siempre de los intereses de las grandes corporaciones. Estados Unidos ha ido envejeciendo bastante mal.

Sin embargo, los Padres Fundadores de Estados Unidos (Founding Fathers) eran gente muy progresista para su tiempo. Habían leído a los más avanzados pensadores ingleses y franceses del Siglo de las Luces; rechazaban la monarquía absoluta, el fanatismo religioso y cualquier tipo de imperialismo; defendían la libertad, la pluralidad y el federalismo. Pero también eran de su tiempo, que conste. Lo demuestran las contradicciones de Thomas Jefferson respecto a la esclavitud. A Jefferson le repugnaba intelectualmente que alguien pudiera ser propietario de seres humanos, pero afirmaba que su país no estaba maduro para abolir la esclavitud, y ni tan siquiera emancipó a los 600 negros que trabajaban en su plantación de Monticello. Aún más, sostuvo una turbia relación de concubinato con su esclava Sally Hemings, con la que tuvo varios hijos que nunca reconoció.

El tiempo de los Padres Fundadores fue el último cuarto del siglo XVIII. Una cuestión de impuestos fue la chispa de la rebelión contra la corona británica en las 13 colonias que esta tenía en el noreste de América. Si la corona les subía los impuestos, los colonos exigían tener su propia representación en el Parlamento (*No taxation without representation*). Pero una rebelión no puede triunfar sin defender un conjunto de ideas, y en este caso el combustible intelectual del incendio lo pusieron las de *Common Sense* (*El sentido común*), un libro escrito por un disidente liberal inglés refugiado desde hacía dos años en Filadelfia y llamado Thomas Paine.

Publicado en enero de 1776, *Common Sense* fue el primer *bestseller* de la historia norteamericana: se vendieron más de 120.000 ejemplares en los tres primeros meses de su aparición. Prácticamente la totalidad de las personas alfabetizadas entonces en las 13 colonias leyó el brioso e irreverente panfleto de Paine. Nacido en una familia humilde del condado inglés de Norfolk, Paine abogaba en ese libro por la independencia de las colonias norteamericanas y su conversión en una república ampliamente democrática. La política, sostenía, no debe fundamentarse en la historia, la religión, la nación, la raza, el honor u otros criterios momificados, sino en la razón, la libertad y los intereses de los ciudadanos. En sus libros posteriores, el librepensador inglés defendería multitud de ideas que todavía hoy son progresistas como el laicismo, la igualdad de los géneros, la lucha contra la superstición, la abolición de la esclavitud, la educación popular, la redistribución de la riqueza a través del impuesto progresivo y la renta mínima garantizada a cada ciudadano. Se convirtió así en un pionero del feminismo, el radicalismo democrático, el laborismo y hasta el anarquismo de los siglos XIX y XX.

### El espíritu americano

Thomas Paine se había refugiado en Filadelfia por consejo de Benjamin Franklin y con su apoyo. Antes de la revolución americana, Franklin ya gozaba de reputación internacional como inventor del pararrayos y las gafas bifocales. Nacido en Boston e instalado en Filadelfia, era todo un ejemplo del *self made man*, el hombre hecho a sí mismo. Sus actividades fueron incontables: inventor, editor de periódicos, filósofo, político, humorista, promotor de los servicios de

correos y bomberos de su ciudad, bibliotecario, diplomático... Deísta y miembro de la masonería, en todas ellas aplicaba las ideas de primacía de la razón, la libertad y el servicio público.

Los estadounidenses consideran a Franklin decisivo en la definición del espíritu de su nación, el espíritu americano. Siempre opuso los valores tolerantes del Siglo de las Luces al autoritarismo político y religioso, siempre predicó la laboriosidad y la frugalidad, el autogobierno y la justicia como normas para la vida individual y colectiva. En materia de esclavitud, Franklin fue más consecuente que Jefferson. Durante la mismísima revolución americana ya propuso abierta y ardientemente su abolición.

A Jefferson, un rico, ilustrado y políglota propietario agrícola de Virginia, lo recordamos en primer lugar como el principal redactor de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, proclamada en Filadelfia el 4 de julio de 1776. Y muy en particular por este párrafo inmarchitable: "Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; entre ellos, la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". Al situar la búsqueda de la felicidad

## AL SITUAR LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD ENTRE LOS DERECHOS HUMANOS ESENCIALES, JEFFERSON SINGULARIZÓ LA REVOLUCIÓN AMERICANA Y LA CONVIRTIÓ A LA PAR EN REFERENTE UNIVERSAL

entre los derechos humanos esenciales, Jefferson singularizó la revolución americana y la convirtió a la par en referente universal.

Con la notable excepción de la esclavitud, Jefferson, que entre 1801 y 1809 fue el tercer presidente del recién nacido Estados Unidos, fue profundamente libertario, muy alejado de esa primacía de la Ley y el Orden que ahora propugna Trump. Deseaba construir un país basado en valores cívicos republicanos. Desconfiaba de las empresas e instituciones financieras de las grandes ciudades, propugnaba el federalismo y rechazaba el establecimiento en Washington de un gobierno demasiado poderoso. Fue el autor del Estatuto para la Libertad Religiosa de Virginia y el fundador de la Universidad de ese Estado. Y como presidente, no vetó nunca una resolución del Congreso por contraria que fuera a sus políticas, y se opuso a cualquier intento de censurar a la prensa, declarando que prefería periódicos sin gobierno a gobierno sin periódicos.

A Jefferson el poder no se le subió a la cabeza, recibía a sus huéspedes en la Casa Blanca con ropa de andar por casa, incluida la bata y las pantuflas. Sostenía que los ciudadanos tienen el derecho y hasta el deber de alzarse contra los gobernantes cuando estos les pisotean abiertamente. "Una pequeña rebelión de vez en cuando" es "una buena cosa" para el mantenimiento de una democracia saludable, decía.

Contemplando el Estados Unidos de las últimas décadas, resulta sorprendente que esa gran nación fuera fundada por partida-

rios de la libertad y la honradez como Paine, Franklin y Jefferson. ¿Por qué Estados Unidos se hizo cada vez más asustado y agresivo, más intolerante y autoritario, más codicioso y desalmado? ¿Cómo es posible que tipos tan mezquinos y reaccionarios como Nixon, George W. Bush o Donald Trump llegaran a la Casa Blanca? ¿Cuándo se torció el rumbo del coloso?

Quizá Estados Unidos nunca fue tan inocente como se pretende. Al pecado original de la esclavitud de los africanos se le fueron añadiendo el del genocidio de los indios, el del expolio de todo el norte de México, el de la primera aventura imperialista en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. El amor a la libertad fue siendo sustituido por la adoración del dinero, y el rechazo al colonialismo por el intervencionismo militar con falsos pretextos en Vietnam, Panamá o Irak. La libertad para poseer armas, pensada para el caso de un posible alzamiento popular contra un gobierno tiránico, se convirtió en la ley de la jungla, y la libertad de conciencia en extrema religiosidad formal. El miedo al comunismo, al terrorismo y a los extraterrestres justificó que el Pentágono y la CIA fueran más poderosos que la soberanía popular.

En su serie televisiva *La historia no contada de Estados Unidos*, el cineasta Oliver Stone sostiene que el momento decisivo en esa deriva fue cuando, en 1945, falleció el presidente progresista Franklin Delano Roosevelt y fue sucedido por su vicepresidente Harry Truman, un tipo de pocas luces, muy conservador y enfeudado a las grandes corporaciones. Previamente, el *establishment* del Partido Demócrata se había cargado con malas artes la candidatura a la vicepresidencia del progresista Henry Wallace, autor de un libro democrático y universalista llamado *The Century of the Common Man* y auténtico heredero político y moral de Roosevelt.

### Raíces europeas

Así se llegó a lo de hoy. De los tres presidentes que han tenido Estados Unidos en lo que llevamos de siglo XXI, solo Barak Obama ha demostrado tener una visión más amplia que una barbacoa en el patio trasero de una vivienda de los suburbios. Los otros dos, el segundo Bush y Donald Trump, son paletos retrógrados y nacionalistas, incapaces de ver en el mapamundi otra cosa que su país natal. Desde el enfrentamiento de Bush con la Francia de Chirac, la Alemania de Schroeder y la España de Zapatero a propósito de la guerra de Irak hasta las sanciones comerciales de Trump a la Unión Europea, Estados Unidos se ha ido alejando del Viejo Continente. No soy de los que lo lamentan. Esto le da a Europa la oportunidad de desempeñar en la escena mundial el papel de un actor independiente y desacomplejado. Máxime tras el abandono de ese caballo de Troya de las barras y estrellas en que ha ido convirtiéndose el Reino Unido desde el fin de su etapa imperial.

Lectores de John Locke, Voltaire y Rousseau, masones bastante de ellos, casi todos deístas, los Padres Fundadores tenían sólidas raíces intelectuales europeas. No es casualidad que Franklin, Paine y Jefferson pasaran varios años en París. Franklin, para empezar, fue el embajador en la corte del rey Luis XVI de la naciente revolución americana. Cumplió su tarea con éxito: consiguió el apoyo francés a la lucha contra los colonialistas británicos y fue decisivo en la firma, en 1783, del Tratado de París que consagraba internacionalmente la independencia de Estados Unidos.

Thomas Paine viajó a Francia en 1789 y allí vivió casi una década, involucrado con cuerpo y alma en la revolución francesa, en cuya defensa escribió en 1791 el libro *Rights of Man*. Pese a no hablar francés, fue elegido para la Convención el año siguiente y allí

## AL PECADO ORIGINAL DE LA ESCLAVITUD DE LOS AFRICANOS SE LE FUERON AÑADIENDO EL DEL GENOCIDIO DE LOS INDIOS, EL DEL EXPOLIO DEL NORTE DE MÉXICO Y EL DE LA AVENTURA IMPERIALISTA EN CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS

simpatizó más con los girondinos que con los montañeses. Opuesto radicalmente a la pena de muerte, Paine denunció en 1793 las ejecuciones del período del Terror, enfrentándose de este modo a Robespierre. Fue encarcelado durante meses y solo logró salvar la vida gracias a la mediación de James Monroe, entonces embajador estadounidense en la capital francesa. Paine regresó a Estados Unidos en 1802, animado por la elección como presidente de Thomas Jefferson. Allí terminó convirtiéndose en un personaje molesto para muchos por sus constantes denuncias de las traiciones que el nuevo país iba haciendo a sus ideales fundacionales. Entre esos muchos no se encontraba Jefferson, que siguió apreciándole hasta el final de sus días.

Jefferson había sido embajador en París del recién nacido Estados Unidos desde 1785 hasta 1789. Vivía en una casa de los Campos Elíseos, participaba activamente en los salones artísticos, filosóficos y políticos de la capital francesa y seguía los debates constitucionales estadounidenses a través de su amigo James Madison. Al texto que andaban redactando sus compatriotas le reprochaba la inexistencia en su frontispicio de una carta explícita de derechos ciudadanos. Y por supuesto, en el verano de 1789, cuando estalló la revolución francesa, Jefferson tomó el partido de los insurrectos.

Donald Trump está en las antípodas de los Padres Fundadores. Se toma por un monarca absoluto: él dicta la ley y él es la verdad. Pero sería injusto no citar los movimientos de resistencia al autoritarismo y belicismo rampantes surgidos del seno de la sociedad civil estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Lo fue el valiente enfrentamiento de cineastas y periodistas con el paranoico senador anticomunista Joseph McCarthy en los años 1950. Y la lucha por los derechos civiles de los negros encarnada por personajes tan grandes como Martin Luther King y Malcolm X. Y la masiva oposición juvenil a la guerra de Vietnam de los años 1960. Y la destitución del sinvergüenza de Nixon por el caso *Watergate*. Y el *Yes We Can* liderado por Obama. Y, más recientemente, el *MeToo*, el *Black Lives Matter* y las campañas a las primarias presidenciales de Bernie Sanders.

Una parte de la sociedad norteamericana no ha olvidado el legado intelectual y moral de los Padres Fundadores. De, por ejemplo, Thomas Jefferson cuando sostenía que el derecho a la rebelión ciudadana no termina ni con la independencia ni con el establecimiento de una democracia formal. En una carta a William S. Smith, Jefferson lo escribió así: “¿Qué país puede preservar sus libertades, si sus gobernantes no son advertidos de vez en cuando de que el pueblo conserva el espíritu de resistencia?”. ■